

muchos. Les parece que estrechan el campo de la conciencia y que al llevar a realizaciones, en la que la voluntad apenas tiene parte, menoscaban la personalidad del sujeto.

Sin embargo, este parecer no está en lo recto. El papel del hábito valioso es fundamental. Forma como una segunda naturaleza que tiende a lo bueno. Es la gran fuerza conservadora y acumuladora de la vida. Por el hábito se hacen fáciles ejecuciones difíciles.

Confiar a un cierto automatismo, a reflejos condicionados a tendencias que produzcan actos sin exigir reflexión, muchas actividades del hombre, es potenciar los auténticos valores humanos.

En la conducta generalmente puede distinguirse un elemento mecánico y otro de libre expresión, de creación. Y nótese que este segundo elemento, de orden más elevado, no se manifiesta o se manifiesta de un modo rudimentario y grosero si aquel otro no actúa con automatismo. Mientras se tiende a invertir la atención en procesos que pueden y deben producirse mecánicamente, como resultado de un hábito, es muy difícil que uno se eleve a procesos de orden superior.

Por ejemplo, mientras el pequeño tiene que poner toda su atención en el reconocimiento de los signos de la escritura, no hay lectura de comprensión propiamente dicha, y sin la posesión del lenguaje no se conciben creaciones del pensamiento. En resumen, hay que agradecer al hábito que el hombre pueda ejecutar muchas actividades más o difíciles con toda facilidad y mecánicamente, y que pueda, por eso, dirigirse hacia otros objetos y actividades superiores enriqueciendo así toda la personalidad.

El estado del organismo influye mucho en la formación del hábito. Cuanto más vigor posea o el sujeto se halle más en vías de formación, mejor los adquiere, por eso la escuela primaria debe preocuparse muy especialmente de que el niño adquiera el mayor número de hábitos valiosos.

Formación del hábito

El hábito se forma por:

a) Repetición de actos. En la vida psíquica,

como ocurre en la física, nada se pierde por completo.

Todo acto va dejando cierta disposición o tendencia para obrar en ese sentido. Cada vez engendra más facilidad, hace la tendencia más fuerte y que la acción se produzca con más rendimiento, más precisión y más perfectamente.

b) Pero el hábito no está, principalmente, en razón directa del número de actos. Influye mucho la *intensidad* con que se ejecutan. Por eso tienen más eficacia menos actos, pero enérgicos e interesantes, que más y flojos.

c) Y, especialmente para la formación del hábito, es de gran importancia una *motivación* muy vital, un éxito que vaya coronando el ejercicio y una carga de afectividad que haga a los actos *propios*. Tan decisivos son estos factores que muy pocos actos pueden crear un hábito.

Y ya refiriéndonos al hábito mental, queremos subrayar que el ejercicio —en contra de lo que en ocasiones se ha dicho— puede tener un carácter puramente formal, no orientarse a la adquisición de nociones. Y este ejercicio no sólo es posible, sino que debe coordinarse y alternarse con el de una *mejor y más calificada* adquisición de ideas.

Y así vemos, por ejemplo, en los *niveles* la insistencia con que se trata la observación. Ejercicio de observación, sobre muchos objetos, fenómenos, hechos de la vida corriente, distintos procesos. ¿Para qué? No para adquirir nuevos conocimientos de determinada rama o disciplina, sino sólo para esto, para ejercitar la observación que está en la base de todo saber auténtico.

Y por esto los *niveles exigen* se observe. Y van graduando con precisión este observar para: comparar, distinguir semejanzas y diferencias, separar las partes de un conjunto o viceversa, para destacar lo esencial, para ver lo común, para relacionar, etc. Ejercicio valiosísimo que va a dar toda la facilidad para captar con precisión la realidad, sea cual fuere, para definir, para relacionar, para crear.

Puro ejercicio, todo él aptísimo para potenciar espléndidamente la capacidad mental dotándola de unos hábitos que llevarán casi insensiblemente al *verdadero saber* y a la pujante personalidad.

EL CULTIVO

DE

LOS VALORES

EN

EL PROGRAMA ESCOLAR

1. INTRODUCCION

El programa de actividades que hay que desarrollar en la escuela primaria abarca una serie de contenidos de conocimiento y al mismo tiempo hábitos y des-

trezas. La realidad ofrece un conjunto de cosas que deben ser observadas y asimiladas en forma personal, del mismo modo necesita el niño el dominio de una

Por ALVARO BUJ GIMENO

Jefe de Manuales escolares del CEDODEP

serie de hábitos instrumentales que empleará como medios en su actuación. Sin embargo, todo el quehacer escolar debe verterse hacia la formación de la personalidad del alumno.

Dentro de los conocimientos los hay de carácter social, que permiten al alumno ampliar progresivamente su concepción del mundo, es decir, asimilar conocimientos que corresponden al mundo real y, por tanto, exigen el proceso causal. En el campo de los conocimientos abstractos se pasa de las nociones más simples a los conceptos, fase esta última que se encuadra dentro del último período de escolaridad. Este proceso netamente lógico se rige por las leyes de la deducción y es más difícil de adquirir; en él se necesita llegar al dominio de la relación no ya causal, sino de razón o consecuencia.

Mas la personalidad no logra su perfección si a

los procesos anteriores no se añade el que corresponde a otra actividad humana, a saber, la estimación, que trae consigo la capacidad de emitir *juicios de valor*. Es de señalar que el cultivo de los valores escapa al campo del conocimiento para insertarse definitivamente en el de la intuición. No cabe demostración ni entendimiento de los valores, sino estimación. Este carácter tan peculiar de la valoración hace que en los programas escolares no puede presentarse (su cultivo) bajo asignaciones concretas, pues carece de entidad real y lógica.

Lo dicho hasta ahora no se opone a la posibilidad del cultivo de los valores dentro del programa escolar. El maestro debe hacerse cargo del carácter especial que tiene y entender que los valores se insertan tanto en los temas de carácter real como en los que corresponden a las materias de abstracción.

2. ESPECIAL ENTIDAD DE LOS VALORES

Todavía es necesario hacer hincapié en el carácter y sentido de los valores, puesto que su cultivo va implícito en todas las materias del programa.

Independientemente del carácter real o ideal de las cuestiones que sirven para la instrucción y formación del alumno, se requiere la actuación del mismo, y éste muestra en cada caso preferencias o tendencias determinadas: una *actitud*. En la concepción más simplista de los valores se puede decir que una asignatura, un tema concreto o parte del programa *gusta más o menos que otro*. Queremos destacar que cuanto se ofrece a nuestra consideración lleva paralela una estimación, en más o en menos, que no nos deja indiferentes. Esta es la verdadera cualidad de las cosas, en tanto que para nosotros *valen* más o menos.

Hay que considerar que la captación o intuición del valor de las cosas y los conocimientos depende de la intuición que tenemos de ellos. El maestro debe procurar, a través de la presentación y explicación de sus lecciones, facilitar este proceso de valoración.

Debemos insistir en el carácter que tiene la estima-

ción de los valores, puntualizando el hecho de que no pueden quedar afectos totalmente, como a veces ocurre, al cultivo de los sentimientos. Mientras los sentimientos representan vivencias internas del alma, los valores tienen un carácter objetivo.

El cultivo de los valores en el programa escolar, como ya dijimos, tiene especial importancia para la formación de la personalidad del alumno. Los conocimientos y hábitos son el contenido y pautas de acción, pero estos esquemas (concepción del mundo y hábitos operativos) tienen que estar supeditados a una tendencia, a un tropismo de la personalidad, que dirige verdaderamente el quehacer humano. En la formación se aplican todas estas facetas, pero si bien en nuestros programas quedan bien especificadas las tareas que se refieren a conocimientos y hábitos operativos, no ocurre así con la *valoración*, puesto que su propio carácter impide una programación concreta. Queremos decir que la estimación de los valores es una orientación que el maestro debe mostrar para que los alumnos la intuyan.

3. SECTORES EN QUE PUEDEN DIVIDIRSE LOS VALORES

No es ocasión de exponer una teoría de los valores, pero si es necesario proponer, al menos, una clasificación de los mismos que permita la actuación del maestro e incluso tener en cuenta la *jerarquía* que cabe establecer entre los mismos.

Esta jerarquía u orden de prelación se deriva de la relación entre ellos.

Max Scheler, uno de los tratadistas más importantes en el campo de la axiología, nos presenta los valores divididos en los sectores siguientes: valores útiles, vitales, lógicos, estéticos, éticos y religiosos.

En las cosas estimamos su *utilidad* según sean adecuadas o convenientes para el fin que perseguimos,

es decir, que estimamos su valor según sean más o menos convenientes para aquello en que las utilizamos. Si seguimos estimando otros valores, ocurre que algunos tienen para nosotros carácter vital; así encontramos la salud que lleva consigo el ejercicio físico, la forma de vida, higiene, etc. También los juegos y los deportes interesan en este terreno.

Cuando se trata no ya de cosas, sino de conocimientos, también cabe una estimación para apreciar la verdad o falsedad de los mismos. Aquí no se trata de entender el proceso de adquisición de los mismos, sino de «ver» si se acomodan o no a las realidades a que corresponden. Es decir, que los valores lógicos *están* en estos conocimientos.

Quizá un campo más conocido de los valores sea el de la estética, es decir, la apreciación que de las cosas cabe hacer como bellas, armónicas o feas, y también si se acercan a lo sublime o lo ridículo. Creemos que la estimación de la estética es ya especialmente cultivada en el campo de las actividades escolares.

Hemos citado también otro gran apartado de los valores, que se refiere especialmente al campo de la actividad humana, de las costumbres y modos de actuar, nos referimos a la ética o moral. Lo justo y lo

injusto, la confianza y la desconfianza, la lealtad, honradez, la discreción, etc. En realidad se asientan en un conjunto de hábitos de acción que, en orden de su consideración, deben ser mostrados por el maestro y estimados por los alumnos.

Finalmente, dentro de esta jerarquía de los valores está el campo de lo trascendental, de aquello que nos liga al Ser Supremo, es decir, lo religioso. La estimación de lo santo y lo profano es una importante tarea en la escuela.

4. RELACION ENTRE LOS VALORES

Tras esta enumeración, en que deslindamos los posibles campos para encuadrar a los valores, y volviendo a la consideración ya hecha de la jerarquía de los mismos, se da un orden de preferencia que obedece a la concepción que tenemos del hombre, basada en los campos de lo natural y trascendental.

Volviendo a la postura de la no indiferencia en la valoración de las realidades e ideas con que nos encontramos y hemos adquirido, resulta que la utilidad se presenta como la más cercana a la mera indiferencia, es decir, al carácter instrumental, de medio; se encuentra muy supeditada a los fines que perseguimos. En la escuela los alumnos deben valorar la utilidad de las cosas, si bien en un primer grado, puesto que la finura en la estimación de los bienes útiles lleva, nada menos, que a fundamentar toda la teoría económica. Siguiendo este mismo punto de vista, se pueden considerar los *valores vitales* como los más próximos en jerarquía, pero cobrando más importancia que los valores útiles, puesto que la salud, el ser fuerte o ser débil, nos es menos indiferente, afecta directamente a nuestro cuerpo y enlaza con los valores cuya estimación se debe a nuestro carácter racional. Podíamos aplicar aquí esa antigua idea condensada en la frase siguiente: *mens sana in corpore sano*. Tampoco nos es indiferente la correspondencia que nuestro concepto tenga con la realidad, es decir, la

verdad y la falsedad, que supone un juicio de valor lógico.

La estimación de la armonía del universo, de la belleza o fealdad de lo real, el intuir lo que se acerca más al prototipo, lo perfecto, lo sublime, y distinguirlo estimativamente de lo ridículo, tampoco nos deja indiferentes. En este campo encontramos muchas ocasiones en que la actividad escolar favorece la valoración estética. El dibujo, la pintura, el canto, la ornamentación, el vestido, etc., son actividades en las que se puede mostrar el valor estético.

Un paso más, en sentido progresivo, nos permite llegar al campo de los valores éticos o morales. Corresponde aquí la estimación o juicio crítico de los actos humanos. Por lo que se refiere a su cultivo en el programa escolar, se cuenta con la posibilidad de considerar los hábitos morales que figuran programados. El maestro puede ejercitar al alumno en la apreciación de los hábitos y actos de orden, regularidad, colaboración, comprensión, actos sociales en general, bondad, justicia, prudencia, disciplina, trabajo, franqueza, etc.

El sector más alejado de la mera indiferencia en la actuación pertenece a la estimación de los valores religiosos, es decir, a la intuición de los valores trascendentales, y también aquí la asignación de temas de religión en los programas escolares facilita esta tarea.

5. INSERCIÓN DE LOS VALORES EN EL PROGRAMA

Hay que tener muy en cuenta la evolución psicológica del niño y saber cuál es el momento propicio de maduración para iniciarle en la emisión de juicios de valor. La evolución de los intereses y de su propia inteligencia dan la pauta para el cultivo de los distintos tipos de valores. Queremos decir que si el niño pasa en el campo de la conducta del egocentrismo al altruismo, en el aspecto intelectual de lo concreto a lo abstracto y en los intereses sigue el proceso de los perceptivos, glósicos, intereses generales y especiales, todo esto debe considerarse para insertar en lugar debido el cultivo de los valores.

La última etapa de escolaridad coincide con la iniciación en un período sentimental, de intereses éticos y sociales y todos aquellos que se refieren a una diferenciación de sexo. Comienza el altruismo propiamente

te dicho, que culmina en la abnegación propia de la edad juvenil.

a) Los valores y las etapas de escolaridad.

A grandes rasgos pudiera decirse que en el período de los seis a ocho años encuadra el cultivo de los valores útiles, estéticos y vitales. No tiene sentido la estimación de valores lógicos, morales y religiosos que suponen una maduración en el proceso intelectual y social, todavía no alcanzada por el alumno. Sin embargo, queremos puntualizar que no deben confundirse estas estimaciones con los hábitos operativos y morales, cuya iniciación cabe ya en esta primera etapa, pues es muy distinto el iniciar en normas de acción que en la intuición de los valores.

La segunda etapa de escolaridad, de los ocho a los diez años, permite ampliar el cultivo de los valores

ya mencionados e iniciar en los que corresponden al campo intelectual y social.

La etapa de los diez a los doce años nos permite el cultivo de juicios de valor en el terreno de la ética y también en el intelectual, de un modo más amplio y sistemático. A la vez se continuará con la estimación de los ya mencionados.

Verdaderamente, un juicio valorativo de tipo trascendental y aun moral es difícil cultivarlo dentro del campo de la escolaridad primaria; sin embargo, puede iniciarse, y sobre todo hay que intensificar el cultivo de todos los valores abarcados ya en etapas anteriores; este sería el cometido de la última etapa de escolaridad primaria.

Conviene hacer notar que la estimación de los valores supone, en general, gran madurez y se implica en el proceso de formación de la personalidad. La capacidad de estimación ha ido evolucionando no sólo individualmente, sino colectivamente, a través de las distintas etapas históricas. Esto en ocasiones ha llevado a formular conceptos erróneos sobre los valores, especialmente concibiéndolos como de carácter relativo y no absoluto. Realmente se trata de un proceso en la captación de los mismos que nada tiene que ver con su existencia objetiva.

Tampoco podemos olvidar que cada individuo, y en nuestro caso cada alumno, mostrará especial capacidad para la captación de determinados valores y al maestro no puede pasarle por alto el hecho de que servirán ya para toda la vida como tendencias primordiales. Esta, y no otra, es la base que ha servido a Spranger para clasificar al hombre en seis tipologías distintas. El hombre económico, el teórico, social, político, estético y religioso.

Más cerca se encuentra todavía la clasificación hecha por el mismo autor sobre los tipos de adolescentes de especial interés para el maestro, puesto que al abandonar la escuela nuestros alumnos se encuentran predisuestos hacia una de estas tendencias:

- deportivos
- intelectuales
- estetas
- activos
- dominadores
- sociales
- entusiastas
- místicos

Los primeros muestran su preferencia por los ejercicios físicos en que pueden lucir su fuerza y habilidades físicas. Los del segundo grupo se interesan especialmente por el mundo de las ideas, están ávidos por conocer y comprenderlo todo. Los estetas experimentan fuerte sugestión por la belleza dondequiera que se halle: pintura, música, poesía, teatro, etc. Otros experimentan alegría en la acción, en el trabajo y se dejan absorber por la agitación de la vida moderna: son los activos.

Otro grupo es el de los líderes, dominadores, capitaneando a sus compañeros. Los sociales son simpáticos y comunicativos y entablan amistad con facilidad. Un tipo exigente es el entusiasta; le atraen los gran-

des ideales, pureza de vida, justicia, etc., y es soñador.

b) Valores y materias del programa.

Entendemos que no puede darse un recetario para el cultivo de valores, pero sí es oportuno sentar una base que permita al maestro encauzar la actividad escolar en este sentido.

1. La estimación de *valores útiles* se asienta por la vía del conocimiento y de los hábitos operativos. Materias como las matemáticas, ciencias naturales, geografía (en temas como producción, vías de comunicación, etc.) ofrecen fácilmente el cultivo de valores económicos. También en lo que se refiere a hábitos instrumentales y circulación, distribución de espacio y tiempo, etc. Por descontado, el cálculo operativo cobra aquí especial interés.

2. La intuición de los *valores vitales* se enlaza teóricamente con los estudios del cuerpo humano, fisiología, higiene en general, alimentos, etc. Pero por lo que respecta a hábitos, es la educación física, con la gimnasia educativa, juegos y deportes, la que nos presta fácil campo de estimación.

3. Damos el salto al campo abstracto, al de los *valores lógicos*; materias especiales serán las matemáticas, cuyo rigor lógico se debe estimular a través de la aritmética y geometría. No puede tampoco olvidarse la precisión en el lenguaje, estudio morfológico y los estudios gramaticales, que pueden culminar el proceso de estimación de esta clase de valores.

4. Por su relación (implícita) con el grupo anterior mencionamos ahora los *valores éticos*. Las normas de acción exigen una deliberación previa (campo de la reflexión) para emitir juicios morales desde el punto de vista teórico. Es previa la formación del niño en hábitos morales que no exigen, al principio, justificación.

El estudio de la sociedad, rudimentos de derecho y cuanto se engloba bajo el epígrafe de formación política y social sirve de base a la estimación de valores morales. Buen partido puede sacarse al considerar la conducta en distintos ambientes: en la casa, calle, escuela, juego, etc.

En el estudio de hombres célebres a través de la historia puede insertarse también la mostración de valores morales.

5. La vía operativa es muy adecuada en los *valores estéticos*, por ejemplo, a través de la proporción, regularidad y calidad general de la escritura. La modulación y ritmo, en el canto y elocución. El orden y disposición general del mobiliario y ornamentación de la clase, etc., son hábitos que conducirán al gusto estético.

Nos restringimos el campo de la apreciación de lo bello a los productos del hombre, es la naturaleza la mejor fuente de contemplación, por eso debemos también acudir a las ciencias naturales y la geografía.

Cuanto entendemos por bellas artes nos proporciona base de estimación estética. La armonía, proporción y ritmo serán fácilmente apreciadas a través del dibujo, modelado y canto.

6. Ofrece la culminación de los campos de la axiología, *lo religioso*. El niño realiza prácticas religiosas

y adquiere conocimientos; lo litúrgico, piadoso y doctrinal debe insertarse paulatinamente, según la evolución psicológica del alumno. El conocimiento de las verdades de la fe, la historia sagrada, etc., van a su entendimiento; el sentimiento se inserta en lo afectivo y los hábitos le inducen a la acción. Todo conduce a la estimación de estos valores religiosos, que distinguirá, intuirá, de modo diverso a lo profano.

BIBLIOGRAFIA

- MANTOVANI: *Educación y plenitud humanas*. Ateneo 1952. Buenos Aires.
RUIZ AMADO: *Valores humanos*.
SPRINGER: "Psicología de la Juventud". Madrid, 1954. *Revista de Occidente*.
ZARAGÜETA: *Filosofía y vida*. C. S. I. C. Madrid.
ZARAGÜETA: *Contribución del lenguaje a la filosofía de los valores*. Madrid, 1921.

EL PROGRAMA

EN

LA ESCUELA

DE

UN SOLO MAESTRO

Por ARMANDO FERNANDEZ BENITO
Maestro de la Escuela Piloto del CEDODEP

Introducción

En la problemática que plantea la complejidad de la organización del trabajo en las escuelas de maestro único, la confección de un programa eficiente cobra el más alto rango.

El Diccionario de nuestra lengua define el programa como "previa declaración de lo que se va a hacer". Es decir, implica la previsión, la preparación mediata y detallada de las actividades que

maestro y alumnos han de llevar a cabo durante el curso escolar. Como toda declaración, ésta del programa encierra el compromiso ineludible de su cumplimiento. De aquí que, para no defraudar la promesa hecha, hemos de ofrecer a nuestras escuelas *programas realizables*, teniendo muy en cuenta las dos coordenadas que gravitan sobre la escuela de maestro único, condicionando el trabajo escolar: su radicación, casi exclusiva, en ambientes rurales y el apremiante valor del tiempo, cuya distribución es el nudo gordiano de esta clase de escuelas. Apelamos a la sinceridad de los maestros de unitaria y mixta para que se contesten cuántos cursos han desarrollado la totalidad de las lecciones que integraban los programas de las distintas secciones o grupos.

Programas henchidos, que nos obligan a pasar sobre las lecciones como "sobre ascuas" o quedarnos a la mitad de los mismos si intentamos el fértil sosiego que exige el aprendizaje a fondo o "hiperaprendizaje", no están acordes con la promesa implícita que encierra su más noble sentido etimológico.

Concepto actual del programa

Es muy corriente considerar el programa como el desarrollo analítico de los cuestionarios, desplegando éstos en un índice más o menos nutrido de los conocimientos que el maestro ha de impartir. Pero el programa se considera hoy como una superación de este concepto tradicional.

Ya hemos visto cómo los niveles mínimos de promoción exigen en cada curso, junto a unos conocimientos que calibran la instrucción del alumno, una serie de hábitos, capacidades y destrezas que constituyen la síntesis educación-instrucción, ideal perenne de la escuela. Pues bien, los programas postulados por estos niveles *deben incluir explícita y detalladamente en cada lección o unidad didáctica las actividades conducentes a dichas adquisiciones*.

El programa cobra así su justo rango de guía